

Amadísimos fieles

Cerrando el breve paréntesis que abrí el primer domingo de Cuaresma para hablaros del Sacramento de la Penitencia, hoy me es grato volver al tema que os venía desarrollando desde este mismo lugar mi antecesor, aunque no lo he de hacer con la maestría que él lo sabía hacer. Si mal no recuerdo os estubo hablando de Jesucristo, y fijándose más bien en los rasgos humanos de la persona de Jesucristo, os lo proponía como modelo de bondad, de rectitud, de nobleza, de generosidad, de delicadeza. En unas breves pláticas voy a exponeros yo el otro aspecto de la persona de Jesucristo, su divinidad, su magisterio, su ministerio, su obra de Redención que perdura a través de la Iglesia, que es una prolongación de la vida de Cristo sobre la tierra, mejor dicho una proyección de su persona, y después que brevemente exponga este otro aspecto de la persona de Cristo, pienso extenderme más sobre la naturaleza de la Iglesia, como encarnación del Cristianismo que en ella se organiza y vive y por ella se desarrolla en el tiempo.

Y al tratar de estos temas no tengo ninguna pretensión apologética y por eso más que argumentación, será una exposición lo que voy a hacer. La mejor defensa de Jesucristo y de la Iglesia es presentarlos tal y cual son. A Jesucristo y a la Iglesia se les desdeña o porque no se les conoce y en este caso para que se les ame basta hacerlos conocer, o porque no se les quiere amar; el mal no proviene de la inteligencia, de las exigencias insatisfechas de nuestra razón - ordinariamente - sino de la voluntad que anda a remolque cuando se trata de creer y más cuando se trata de manifestarse en la vida conforme a las exigencias de ese Credo y por eso la única postura disimulada y racional o digna parece ser el decir que no se cree. Como a nosotros no nos interesan esta clase de personas - a nadie le queremos obligar a creer contra su voluntad, esa voluntad que nunca está al alcance del ajeno - y por otra parte yo me supongo que en este auditorio no hay gente que haya llegado al colmo de esa perfidia, me limitaré a hacer una exposición dogmático-histórica de estos puntos.

Y me parece que -siempre lo ha sido - hoy es más oportuno que nunca hablar de Cristo como legado divino, como Dios que tiene derecho a exigir de nosotros de nuestra razón, de Dios como Maestro que nos enseña la verdad en medio de esta confusión de ideas, de Dios Redentor y Salvador en esta época que se quiere buscar la salvación del mundo y la felicidad por otros derroteros que no son los de Cristo, de Dios Restaurador del orden sobrenatural, cuando hasta los mismos que hacemos profesión de Cristianos tan fácilmente olvidamos las exigencias de esa vida que se nos comunica en el bautismo, de esa vida que exige nuestra conciencia de cristianos y por último de Dios que instituye la Iglesia, que es el reino de Dios sobre la tierra al que pertenecemos y como cuyos miembros ~~(nos comprometemos)~~ estamos comprometidos a ciertos deberes, a ciertas obligaciones, que los descuidamos.

Pero no solamente es oportuno, sino que es necesario hablar hoy a los hombres de Cristo Dios, a quien debemos creer, a quien debemos seguir. Si la gran aberración de la humanidad - que la está pagando muy cara - ha sido el que haciendo caso de los gritos de la falsa ciencia y secundando los impulsos de las pasiones siempre despiertas, haya apostatado de Cristo, el ridículo, el absurdo de hoy es que esos mismos hombres crean, se entregan tan fácilmente a otros hombres. Este es un fenómeno curioso de nuestro siglo veintiuno. La fe en Dios ha sido suplantada por la fe en los hombres, la fe en el hombre. ~~de sumisión - que por la sumisión viene a erradicar al hombre.~~ Únicamente por esta fe que los hombres han puesto en otros hombres es posible el caso que se da hoy de que un hombre, que se ha erigido en autoridad, y más que en autoridad en Dios, disponga de las conciencias, de las vidas, del derecho y de la justicia a su antojo, a su capricho. ¿Qué ha pasado?

Sencillamente que ha sido tal el empeño que los adversarios de Cristo han puesto para arrojarle de las almas, de los corazones de los hombres, que efectivamente han conseguido en parte su objetivo. Es verdad que Cristo dijo que los príncipes de las tinieblas no prevalecerían contra los hijos de la luz, contra el Reino de Dios - y así lo creemos firmemente, pero no quiso decir que los príncipes de las tinieblas no habrán de tener sus victorias parciales. La actual apostasia de las masas y de los pueblos es sin duda una de esas victorias momentáneas del príncipe de las tinieblas, que ha logrado desplazar de muchos pechos la fe en Cristo. Tanto se ha repetido que la fe es una cosa irracional, tanto se ha procurado ridiculizar al hombre que en un gesto de sinceridad, en un alarde de nobleza y cediendo a las exigencias de

una lógica irrefutable creía en ese Hombre Dios, a quien nos muestran unos documentos históricos auténticos, genuinos y sinérgicos variando y disponiendo a su antojo de las leyes naturales y de las fuerzas ciegas de la naturaleza, como Dueño y Señor de la vida y de la muerte, tanto se ha insistido que el hombre movido por esas falsas sirenas, el hombre creyendo que estaba haciendo el ridículo, ha abandonado esa su postura y se ha hecho la idea de que libre ya de una pesadilla, que eran ese conjunto de preceptos, obligaciones que le imponía su fe en Cristo, es libre y puede gozar de esa libertad en un mundo a su vez libre y alegre. Pero la realidad pronto se ha encargado de desvanecer estas ilusiones. Se suele decir que Dios cura el mal con el mal y aquí parece ser este el camino escogido por la Divina Providencia.

Esas masas, esos pueblos de cuyos pechos ha sido desplazada la fe o al menos entibiada, han termidado creyendo en unos hombres mortales, muchas veces inflados de soberbia y ambición, ^{en una fatidica} y hemos llegado a una sociedad en la que la única norma de conducta - lo dice el Papa en su primera Encíclica - es la ambición de unos cuantos o de uno solo, en la que el derecho no tiene más límites que la utilidad, la conveniencia y aquí tenéis, queridos fieles, a los hombres que buscaban su libertad e independencia confundidos en esas masas uniformes y a merced de los caprichos o de la ambición y de soberbia sin medida de unos cuantos presuntuosos salvadores, que quieren ser idolatrados, adorados. Y en todas las épocas de la historia este ha sido el proceso de la humanidad, que cuando ha abandonado a Dios, cuando ha dejado a Dios, ha caído en una esclavitud odiosa, porque se ha entregado al hombre, que aunque haga alarde de piedad, justicia y desinterés estas virtudes no pasan de palabras y la crueldad, la injusticia y el interés o el egoísmo sumen a la humanidad en esos ríos de sangre y de venganza que hoy nos asustan. Casos típicos de esto nos ofrece la Historia del pueblo hebreo. Cuando se olvidan de Dios adoran al becerro de oro, idénticamente lo mismo que hoy, que todo se sacrifica en aras de esa ambición y sin medida por el oro.

Por eso es necesario hoy hablar de Cristo, de Cristo único Salvador de la Humanidad. Es necesario hoy que los hombres vuelvan los ojos a ese Cristo, cuyo triunfo, cuya victoria comienza en el sepulcro, en la tumba, de la que sale victorioso cuando otros hombres que ha habido en la Historia han acabado su carrera de triunfos y aclamaciones precisamente en la tumba. ^{hoy se habla de Cristo y se ve a la vida entera una música, una nota de armonía.} Por eso es necesario hablar de la Iglesia que es esa victoria de Cristo, de la Iglesia que en su Historia reproduce fielmente la Historia de la vida de Cristo, de esa Iglesia que después de todas las catástrofes, después que los reinos y los imperios han quedado destrozados, después que ha dado la sepultura a sus adversarios ha aparecido cual arca de Noé flotando sobre esas aguas que llevan envuelta, mezclada tanta sangre, tanto despojo humano.

Pero no es ese el único curioso fenómeno de nuestros días. Hay también otra observación curiosa que hacer, en torno a la persona de Cristo y a su Historia. El ataque furioso contra la persona de Cristo, contra su divinidad lo iniciaron los Enciclopedistas del siglo XVIII. No es que antes no hubiera quien se atreviera a tanto; pero los que hubo no merecieron ser tomados en consideración. Estos enciclopedistas arremetieron con toda su furia satánica contra la persona de Cristo y aun cuando no se atrevieron a negar sistemáticamente su historicidad, trataron de desacreditarle y se atrevieron a calificar unas veces de fanático ignorante, otro de embaucador, impostor, e incluso de demente. Hasta ese colmo llegó el odio de esa gente a la persona de Cristo. Sus discípulos posteriores no tuvieron más remedio que ceder en estos ataques porque no hay quien pueda regatear a ese Cristo que aparece en el Evangelio, que es un documento histórico de primer orden, la nobleza, la generosidad, la sinceridad, la rectitud que embelena su persona. Y hoy, desde el siglo pasado, los mismos adversarios y racionalistas reconocen en Cristo una honestidad, una generosidad, una rectitud, una sinceridad, una limpieza de alma y una nobleza extraordinarias, ante las cuales se extasían y no se cansan de ponderarlas: Cristo es un hombre histórico que se ha captado las simpatías de todos, un hombre histórico ante cuyos ejemplos de virtud tenemos que admirarnos. "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios" exclama Rousseau, aunque no tenga la sinceridad de declarar que sea Dios. "El Cristo - dice Straus - no podría tener sucesor que le aventaje ni siquiera que lo pudiera alcanzar después de él y

por El el mismo grado de vida religiosa. Jamás en tiempo alguno será posi-
ble subir más alto que él, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual".
Hasta Renan, el gran difamador de Jesucristo en el siglo XIX, afirma de Je-
sus, que, "no solamente es grande y puro, un genio portentoso, un alma lí-
rica, ~~un artista~~ un artista incomparable, sino también el hombre a quien la con-
ciencia universal ha decretado el título de Hijo de Dios; el fundador de
los derechos de la conciencia libre, el modelo cumplido que meditaran para
fortalecerse y consolarse todas las almas dolientes; la más alta cumbre de
la grandeza humana, el fundador de este alto espiritualismo que durante si-
glos ha llenado las almas de alegría a través de este valle de lágrimas;
nuestro gran maestro a quien somos deudores de lo mejor que interiormente
tenemos" Podríamos aducir muchísimos testimonios de racionalistas que
no se cansan de ponderar las dotes, las virtudes excepcionales de Cristo.
Pero no pasan de ahí; se resisten a reconocerle como Dios. Es el último paso
que les queda por dar, el decisivo, pues o Cristo es Dios y en este caso
hay que admitir una serie de consecuencias o Cristo no pasa de un hombre
por digno, honrado, excepcional que se le suponga y en este caso nos excusa-
mos de someternos a su doctrina, a los deberes que emanan de la misma. Y lo
que temen esos hombres es esto, atenerse a las doctrinas y a las obligacio-
nes que emanan de esa doctrina.

Es tal la fuerza de los argumentos históricos, es tan grande la
luz que irradia Cristo en su vida y en sus obras que a pesar suyo se ven
obligados a admitir en El algo que no es común, algo que se sobrepasa de
lo ordinario, que si fueran sinceros les haría exclamar como a Napoleón
que confesó en un momento de sinceridad " conozco a los hombres, y decla-
ro que Jesucristo no es simplemente un hombre, sino un Dios".

Del conocimiento de los hombres cabe elevarse al conocimiento
de la divinidad de Cristo. El hombre alcanza una estatura media, tanto en
lo físico como en lo intelectual, en lo artístico como en lo moral. Por en-
cima de esa estatura media en lo físico tendremos los gigantes, en lo inte-
lectual los sabios, en lo artístico los genios y en lo moral los héroes
y los santos. Aun entre los sabios, entre los gigantes, entre los genios,
los héroes y los Santos cabe señalar un tope, jamás sobrepasado por los
hombres. A Jesucristo le tenemos por encima de esos sabios, de esos genios
de esos héroes y de esos Santos. Qué sabio ha habido que se haya atrevido
a imponer al mundo una doctrina diciendo que son dichosos los que no vie-
ron y creyeron y que malditos los que no le creyeron? Qué héroe ha habido
que se haya lanzado a semejante aventura cual es la de conquistar el mún-
do, conquistar el amor y el cariño de los hombres, mediante los simples ap-
óstoles, que en menos de tres siglos conquistan para Cristo el Imperio
Romano de un confín a otro? El no ~~habre~~ funda una escuela ni predica a un pueblo
funda una religión completamente nueva que derriba las cátedras de los
sofistas y los altares de los ídolos de todo el universo. Aspira nada meno
que a cambiar radicalmente el mundo, a cimentar sobre nuevas bases la hu-
manidad entera, que puesto que la religión no es mero accidente de la vi-
da ni una simple determinación histórica de la sociedad, sino algo que se
roza con todo, que llega hasta las fibras más íntimas del corazón, algo
que transforma los elementos esenciales de que depende la trama espiritual
de las razas y psicología interna de los pueblos; el fundamento en que es-
triba la sociedad y la historia. Tales pretensiones no caben en los cálcu-
los humanos. Jesucristo se distingue de los Sabios en que concibe y obra
como Dios.